GALLEGOS ILUSTRES

EN AMÉRICA

DURANTE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

POR

BENIGNO TEIJEIRO MARTINEZ

CATEDRÁTICO DE HISTORIA EN EL COLEGIO NACIONAL
Y ESCUELA NORMAL DEL URUGUAY

SERIE II

BUENOS AIRES

IMP. Y ENC. DE «EL CORREO ESPAÑOL»
[illegible]0—25 de Mayo—468

1901

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

F-7417

Biblioteca

GALLEGOS ILUSTRES

EN AMÉRICA

DURANTE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

POR

BENIGNO TEIJEIRO MARTINEZ

CATEDRÁTICO DE HISTORIA EN EL COLEGIO NACIONAL
Y ESCUELA NORMAL DEL URUGUAY

SERIE II

BUENOS AIRES

IMP. Y ENC. DE «EL CORREO ESPAÑOL»
460—25 de Mayo—468

1901

GALLEGOS ILUSTRES EN AMÉRICA

I

No estaba aún resuelto el problema de la navegación del Oriente para llegar á los países del oro y del marfil, de la seda y la especería. Iban surgiendo de las tinieblas del tenebroso mar las costas africanas, las islas de Cabo Verde y las Azores al tiempo mismo en que las Canarias ó Afortunadas pasaban al poder de España, por el esfuerzo de sus conquistadores, contándose entre ellos á los valerosos gallegos D. Fernando de Castro, el primero que penetró en ellas implantando el lábaro redentor del cristianismo, y D. Alonso Fernández de Lugo, oriundo del viejo solar de los Romaes, condes de Monterroso, Fajardos y Gallegos, que ilustraron la historia de la madre patria desde los tiempos de la Reconquista y aquel ameno rincón, hoy floreciente villa que bañan las aguas turbulentas del cantábrico mar que vigila el *Trileuco* de los griegos, el *Lapatia*

Cori Promontorium de los romanos tantas veces cruzado por el industrioso fenicio y el normando pirata.

Soñaban los marinos con las ignotas tierras; tomaba en su cerebro nueva forma el planeta que habitamos, y ávidos de gloria y de fortuna discurrían proyectos colosales; inventaban comarcas y concebían reinos opulentos poblados por otras razas. Aquí la imperial isla de Cipango y más lejos el Catay del opulento Gran Kan; de otro lado la floreciente Mangi con su populosa Quisnay y las Especerías con el clavo de olor y la canela fragantes; más allá Ceylan con sus perlas y Ofir, con sus diamantes colosales y las tierras con entrañas de oro. Uno de estos soñadores fué Colón, habitante de Funchal en la isla de la Madera antes de su prodigioso descubrimiento de América, cuyo problema le había preocupado largos años. Leía mucho y escuchaba á los lobos de mar, á los viejos marinos de su tiempo; él mismo apuntaba en su diario cuanto le contaban. En el Puerto de Santa María le refirió un piloto que en un viaje á Irlanda había visto una tierra desconocida, que tomó por una parte de la Tartaria, pero que el mal tiempo le había impedido llegar hasta ella; otro marino, *Pedro Velázquez ó Velasco, gallego*, dijo que también había visto al oeste de Irlanda indicios de tierra, y finalmente, Vicente Díaz, natural de Tavira en el Algarve, le refirió que á su regreso de Guinea á Madera había visto una tierra desconocida cuya

noticia dió lugar á varias tentativas sin resultado para encontrarlas, apoyadas por el opulento genovés Lucas de Cazzana. Todo esto lo acredita Cronau en su obra monumental sobre la América, reproduciéndolo del diario de Colón.

A fines del siglo XV, cuando ya flameaba el estandarte de Castilla y de León sobre las torres bermejas de Granada, de los astilleros medioevales de Galicia partía con rumbo al puerto de Palos de Moguer una hermosa carabela llamada «La Gallega», cuya cortante proa dejaba en su hirviente estela acreditada la fama de la histórica Helenes, de cuyos astilleros partieron las primeras naves que surcaron mares tenebrosos.

Que tuvo el nombre de «La Gallega» aquella nave que había de servir de capitana en el viaje que Colón con los Pinzones preparaban para navegar con rumbo al Occidente, en demanda del oriente asiático, lo dicen todos los historiadores después de Oviedo.

Fray Martín Sarmiento recuerda en uno de sus eruditos escritos que los reyes católicos ordenaron que se diese el nombre de «Santa María» á la nave capitana que Colón debía mandar, como homenaje á la patrona de los marineros del arrabal ó pescadería de Pontevedra, donde aquella carabela se había construído. Dice más Fray Martín: «Para las conquistas de América y las guerras de Italia y Flandes, han salido de allí y de sus vecindades enjambres de soldados y marineros; las armas de los conquistadores

de las Indias eran de la fábrica de Pontevedra y los Reyes Católicos en una Real orden publicada en Tarazona, en 1495, mandaban que los hombres de alguna hacienda tuviesen pavés y escudo de Pontevedra.»

Las indias occidentales ó América fueron descubiertas por naves españolas y las orientales por naos portuguesas; los navegantes de ambas naciones cruzaron en el siglo XV ignotos mares nunca surcados por bajeles europeos. Los dos rivales se encuentran en Oriente y Occidente y se disputan sus posiciones en el siguiente siglo. El floreciente puerto de la Coruña fué entonces favorecido con una casa de contratación y de él partieron las naves de Esteban Gómez, que había sido compañero del marino portugués, oriundo de Galicia, D. Hernando de Magallanes, en 1520, que se dirigió por Occidente en busca de un paso para las *Molucas*; sale del mismo puerto Fray García Yofré de Loaisa, que en el primer cuarto del décimosexto siglo debía seguir con del Cano las huellas de Magallanes que aquél había completado del uno al otro océano, del Atlántico al Pacífico y del Pacífico al Indico, en busca de las especias y del oro, de las perlas y diamantes, de la seda y el marfil. Esta expedición, como lo dicen los historiadores Oviedo y Herrera, recaló en la Patagonia el año 1526 y pasado el estrecho fallecieron Loaisa y del Cano, tomando distintos rumbos sus buques al ser sorprendidos por un recio temporal. Con Loaisa venían algunos marinos galle-

gos, nombrándose especialmente al pilotín Bartolomé Domínguez, nativo de la Coruña, y fué de ellos que tomaron su nombre el río San Ildefonso y el puerto *Gallegos*, que aun hoy conservan. Salió también de la Coruña Diego García en 1525, el cual debía completar en el Plata la obra del infortunado Solís, que en 1516 había descubierto el *Paraná Guazú*, que vale decir *grande como la mar*, tan grande y caudaloso que el navegante español lo bautizara con el nombre de *Mar Dulce*, que le cambiaron después por el impropio que hoy lleva de Río de la Plata.

Diego García había estado en estos países, tomando parte en la expedición de Solís, y en 1520 había dado la vuelta al mundo en el primer viaje de circunnavegación de que hablan las historias, siendo de los pocos marinos que, después de la muerte de Magallanes en el archipiélago filipino, llegaron á España en la «Victoria», al mando de Sebastián del Cano.

En abril de 1527 se halló García con Sebastián Gabotto en el río *Paraná*, y con él lo remontó hasta la embocadura del Paraguay y por éste hasta la del Pilcomayo, sin que les quedase otra esperanza que la desolación y la ruina si no retornaban á su patria.

Pero ¿quién era Solís? ¿Quién era García? De de Mártir de Angleira, 1516, hasta Medina, 1897, se ha discutido por los historiadores la nacionalidad de Juan Díaz de Solís; dicen los unos que era natural ó veci-

no de Lebrija, de Oviedo en Asturias los otros, y le tienen por portugués los menos. Ninguno presenta una sola prueba, un solo documento digno de tomarse en cuenta como prueba decisiva; en cambio se sabe que en el siglo XIII ya existía en Galicia la casa solariega de un Juan Díaz de Solís, que tenía por armas un escudo blasonado con un león rampante; Pardiñas lo cita en sus *Varones Ilustres de Galicia*. Si en Lebrija y en Oviedo no se hallaron indicios de la familia Díaz de Solís y en Portugal no se conoce el pueblo ni la familia de aquellos apellidos, ¿no es cuerdo pensar que pudo ser gallego? Que Galicia tuvo marinos en el siglo XVI de igual arrojo y conocimientos que Solís, no puede ponerse en duda con sólo recordar las expediciones marítimas de Alvaro de Saavedra Bendaña, Juan Gaitán y Pedro Fernández de Quirós, descubridores de varias tierras é islas en América, y las realizadas en la Patagonia por Sarmiento de Gamboa y los hermanos Nodales, que llegaron á las tierras más australes de América y del Globo en su tiempo.

En cuanto á Diego García se ha insinuado por algún historiador que era portugués: ¿cómo se explicaría entonces que siéndolo ordenase el rey en la Cédula Real fechada en Toledo el 1.º de febrero de 1526, que en la expedición que debía salir de la Coruña al mando del referido García no se admitiese ningún inglés, ni francés, *ni tampoco portugués*? Es bien sabido que antes de existir

Portugal, como nación, fué parte integrante de Galicia hasta el Duero, y de aquí la confusión que de antiguo se vino haciendo para deslindar la oriundez de lusitanos y gallegos, y aun después de aquella separación geográfico-política, se continuó la rutina, por lo menos hasta principios del siglo XVI en que la decadencia de la lengua gallega permitió distinguir claramente á los oriundos del norte y del sur del río Miño. Excuso decir que hablo conjeturalmente, porque Galicia no necesita glorias ajenas.

Según las historias, también salió de la Coruña en el siglo XVI otra expedición marítima al mando de Simón Sarmiento de Alcazaba, la que fracasó con el asesinato de este navegante antes de llegar al Estrecho de Magallanes, según se lee en la *Historia general de las Indias por Gómara*.

Por el año 1579 vino á la Patagonia desde el puerto del Callao la expedición exploradora del marino gallego D. Pedro Sarmiento de Gamboa, que recorrió el Estrecho de Magallanes y su archipiélago, durante el año 1580, haciendo otra expedición en 1584, por tenerse noticias en Lima de que algunos navegantes extranjeros se dirigían hacia estas tierras descubiertas por los españoles.

El arrojo y serenidad con que en aquellos tiempos se dirigían á las tierras ignotas los navegantes españoles raya á las veces en lo inverosímil, y se hubieran tenido algunas narraciones por novelescas á no haberlas consignado la historia. ¿Quién no conoce las

aventuras de *Caramurú* en el Brasil? Este marino, que llevaba un nombre indígena, que había constituído familia uniéndose á la bella india *Paraguassú*, y que fué el brazo derecho del P. Nobrega para convertir á los infieles en la Bahía de Todos los Santos, en donde lo halló establecido de treintay nueve años atrás, en 1549, mereció ser recordado por los cronistas del siglo XVI y por los modernos historiadores del Brasil. Este valeroso *Caramurú*, que tan importantes servicios prestó para la conquista espiritual de esa parte de América, y cuya vida consigna Varnhagen en su *Historia Geral do Brasil*, era un náufrago gallego llamado Diego Alvarez Correa. Pero vamos á citar proezas mucho mayores realizadas por gallegos en América, sin olvidar los que á los estudios científicos se dedicaron.

Hace cuatro siglos que el valeroso Hernán Cortés emprendía la conquista del gran imperio de Motezuma en la septentrional América. Al partir Cortés de la isla de Cuba, el 18 de noviembre de 1518, para las tierras descubiertas por Grijalba, que no diré que era gallego, aunque el P. Gándara lo tiene por descendiente de los nuestros, le acompañaron algunos caballeros gallegos é hijos de tales que cita el mismo Gándara en sus *Armas y triunfos, Hechos heroicos & del Reino de Galicia*, como Gonzalo Mesía, Francisco de Lugo, Gonzalo Domínguez, los Maldonado, los Villandrando, Francisco Martín, Vendabal, Pedro Gallego, los Varela, Her-

nando de Lerma ó Lema, Bartolomé Pardo, Juan de Bichilla, un Maldonado de la Vera Cruz y otro de Rivadeu, llamado el Gallegüelo porque lo era y pequeño de cuerpo, Gonzalo Mesía, Rapapelo por mal nombre y los Farfán, que pongo aquí por cuenta y razón del venerable agustino. Sin embargo, voy á agregar los que dejó en el tintero este erudito cronógrafo del siglo XVII.

Un abnegado y valeroso sacerdote acompañó al gran Cortés en su inmortal campaña conquistadora de Méjico ó Nueva España, como se le llamó entonces; era el licenciado D. Juan Díaz, natural de Galicia, como lo dice Torquemada en su *Monarchia indiana*, y lo cita Solís en su *Historia de la conquista de Méjico*, siendo, por consiguiente, uno de aquellos valientes españoles que presenciaron el incendio de las naves ordenado por Cortés después de haber jurado ante él sus compañeros que lucharían hasta vencer al emperador de Méjico, señor del Anahuac, ó perecer en la demanda.

Gallegos fueron también los franciscanos Fernando del Valle, Francisco García y el coruñés Fray Martín de Jesús, que por orden del custodio, Fray Martín de Valencia, evangelizó en 1525 la provincia de Mechoacan, como lo expresa el mismo Torquemada; gallego D. Rodrigo de Vivero, hijo de Gil de Vivero y Dávila, señor de Castro Nuevo y descendiente de los Fajardos y Lugos de Santa Marta de Ortigueira, como lo tengo dicho en mis *Gallegos ilustres en*

América; fué este caballero de los primeros conquistadores del tiempo de Cortés; sometió á los indios chichimecas y siendo gobernador de Mechoacan y de la Nueva Vizcaya sosegó más de 6.000 indios.

Era también gallego D. Francisco Sarmiento de Luna, hijo de los condes de Salvatierra, natural de la villa de este nombre en Galicia y que por sus virtudes y talento alcanzó su alta dignidad de obispo de Mechoacan, como lo dicen Gándara en sus *Armas y triunfos*, el P. Florez en su *España Sagrada* y Alcedo en su *Diccionario geográfico histórico de América*; gallegos los primeros escritores que se ocuparon *in situ* de historiar los hechos memorables del Nuevo Mundo; Antonio de Remesal, hijo de la villa de Allariz, que escribió en Méjico la *Historia general de las Indias occientales* y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala (1620); D. Pedro de Castro, conde de Lemos, que escribió la *Relación de la gobernación de los Quijos* en 1608, M. S. de que habla León Pinelo y que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid; Fray Juan de Betanzos, que fué uno de los nueve misioneros que primero vinieron á América, que escribió la *Historia de Indorum moribus*, que ignoro si ha visto la luz pública, y el pontevedrés D. Pedro Mariño de Lobera la *Crónica del reino de Chile* en el último tercio del siglo XVI, siendo uno de sus conquistadores. Citan al primero Moreri en su *Diccionario*, Gándara en la *Historia*

Eclesiástica de Galicia, y al segundo, Figueroa, en el *Diccionario biográfico de Chile* y el *Enciclopédico hispanoamericano*. La obra de Mariño, aunque arreglada por el P. Escobar, su contemporáneo, figura en la *Colección de historiadores de Chile*.

Y mientras los unos conquistaban á Méjico con la espada, con la cruz evangelizaban otros la Isla Española, hoy repúblicas de Haití, y Santo Domingo. En ella fueron de los primeros en el siglo XVI Fray Domingo de Betanzos, varón doctísimo y apostólico, orador de fama, así en España como en América, que pasando á Méjico fundó la provincia de Santiago, al tiempo que otro esclarecido varón de su mismo apellido, el sabio lingüista Fray Pedro de Betanzos, estudiaba en Guatemala las lenguas de Centro América, con tal facilidad, que en menos de ocho meses aprendió catorce, escribiendo el *Arte, Vocabulario y Doctrina cristiana* en lengua guatemalteca, que era la más bárbara y dificultosa, al decir de Torquemada; pasó después á Costa Rica en 1559 y fundó la provincia de Nicaragua, en donde residió muchos años estudiando las lenguas indígenas y propagando la fe cristiana. Se ocupan de estos ilustres gallegos, Torquemada en su *Monarquía*, Pardiñas en sus *Varones ilustres de Galicia*, el conde de la Viñaza en la *Bibliografía Española de lenguas indígenas de América*.

La obra civilizadora del P. Betanzos fué secundada eficazmente en Méjico por el Pa-

dre Alonso Rengel natural de una aldea cercana á Santiago de Compostela; no sólo escribió el *Arte y Vocabulario* de las lenguas mejicana y otomí, si que también los sermones con que ilustraba á los indígenas de aquellas lejanas tierras. Citan al P. Rengel, Torquemada, el conde de la Viñaza y don Félix C. Sobrón en su obra *Los idiomas de la América Latina*.

Fué contemporáneo de los anteriores Fray Agustín de la Coruña, natural de la aldea de Corme en las cercanías de la ciudad herculina cuyo nombre tomó por apellido. En Popayan, actual república de Colombia ó Nueva Granada, adquirió el renombre de *Obispo Santo* por sus grandes virtudes. La actividad de este venerable agustino, uno de los fundadores de su orden en Méjico, fué prodigiosa, rayana en lo inverosímil. Si se recuerdan las dificultades y peligros que ofrecían las vías de comunicación, así marítimas como terrestres en América, no dejará de admirarse que Fray Agustín, hallándose en Méjico en el primer tercio de aquel siglo, desempeñando la cátedra de Prima, fué Prior de varios conventos y Provincial en 1560; volvió á España con los provinciales de San Francisco y Santo Domingo para arreglar directamente con el rey el mejor medio de remediar los daños que padecían los indios; en 1567 ya se hallaba en el Concilio de Lima; pasó más tarde á Popayan con el elevado cargo de obispo; sufre más tarde una injusta prisión en Quito por defender los de-

rechos de la Iglesia contra los avances de la Real Audiencia, que fué reprendida por el rey, y Fray Agustín fué á morir en Timaná el año 1590, en suma pobreza, después de haber dedicado la mayor parte de su vida á la propagación de la fe cristiana y al socorro del desvalido. Dannos noticias del venerable agustino *La Crónica de la Orden*, por Fray Gerónimo Román y Zamora en su *República de Indias*; Alcedo en su *Diccionario* y Sosa en sus *Efemérides históricas de Méjico*. En su tiempo florecía en esa parte de América Fray Bernardino de Lugo, que compuso la *Gramática y Vocabulario de la lengua Mosca*, como se llamó entonces á la que hablaban los Muyscas ó Chibchas de Cundinamarca.

Pocos años después de la muerte de Fray Agustín, florecía en Méjico el P. Maestro Fray Fernando Ojea, natural de Orense, que explicaba en su colegio el arte menor y escribió la *Historia del Apóstol Santiago*, una *Historia Eclesiástica de Galicia* y otras obras que le dieron fama en su tiempo de escritor erudito. En nuestros *Gallegos Ilustres en América*, damos cuenta y razón de los autores que se ocuparon del P. Ojea.

Nada tiene de extraño que contase Galicia con hijos tan meritorios en América, cuando en ella florecían sabios de justa fama como Diego de Muros, Alvaro de Isorna, Gonzalo de Vivero, Arias del Villar y García de Vaamonde; Mecenas como D. Alfonso de Fon-

seca; genealogistas como Vasco da Ponte, no apagadas aún las notas melodiosas del conde de Lemos, de D. Rodrigo Osorio y D. Luis de Vivero á quienes sucedieron Isidoro Valcarce, Mateo de Orujo, el historiador Gándara y en el lenguaje de Apolo el talentoso Gerónimo Bermúdez, gloria del teatro español y del Parnaso en su siglo.

Si hemos citado como escritores los Betanzos, los Lugo, los Rengel y Remesal entre los clérigos de América, se hallaban en Roma los Pardiñas, Rodríguez Casal, Pedro de Ben y Vasco de Ulloa, y mientras el capitán general del mar océano D. Luis Fajardo, de sangre gallega, viajaba á las Indias y limpiaba los mares de naves holandesas, y el monstruo de los piratas, el inhumano Drake perecía en Panamá á manos del caballero gallego D. Alonso de Sotomayor, que recorría las costas de América acechando la enemiga escuadra, D. Juan de Nóboa, ilustre marino que se hallaba al servicio de Portugal, descubría las islas de Santa Elena y la de la Concepción en su viaje al Brasil, y el coruñés Hernando Gallego las de Salomón. ¿Qué más?

Mientras D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, virrey del Perú y no de Méjico, como dice Vicetto (1596-1604), llamado el padre de los pobres y desvalidos y que á su muerte no había dejado con qué costear sus funerales, D. Fernando de Lugo gobernaba la capitanía general de Cabo Verde, el conde de Andrada, D. Fernando, cu-

briase de gloria en la campaña de Italia, y el de Altamira, D Rodrigo de Andrada, extendía los dominios del rey en Africa hasta que la muerte le sorprendió en la conquista de Orán.

Podría decirse en los siglos XVI y XVII que no había un solo rincón del mundo á donde no hubiera llegado un gallego, como marino, como conquistador ó como propagador de la fé cristiana. Así lo acreditan las historias de América, de Portugal y de Galicia, desde Solís y Torquemada hasta Barros y Gándara, desde Gándara y Alcedo hasta Murguía y López Ferreiro.

Entre los conquistadores que vinieron á América en el siglo XVI desembarcaron, en Castilla del Oro, los Fernández de Lugo, descendientes de los conquistadores de Canarias, que tuvieron su solar en Santa Marta de Ortigueira y en Lucus Augusta; ellos continuaron la conquista del territorio de Nueva Granada, que había comenzado Rodrigo de Bastidas, lo que indujo en error al P. Gándara, creyendo que fueron los fundadores de Santa Marta y que le dieron este nombre como recuerdo de la que en Galicia fué solar de sus antepasados. Otro caballero santamartés, nacido en Sismundi, cercano á Ortigueira, que vino á ese mismo país, fué D. Francisco de Santiago, conquistador audaz y valeroso que ya se había distinguido en Portugal; lo citan: Vidal en sus *Apuntamientos Genealógicos*, Hita en sus *Blasones*, Castro en su *Nobleza de Galicia*, Flores de

Ocariz en las *Genealogías del Nuevo reino de Granada* y Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*.

Si no fueron gallegos las fundadores de Santa Marta, pueden citarse en cambio la fundación de la ciudad de Salvatierra en Méjico por el conde de aquel nombre, la de Cadereita por Martín de Zabala, la de Carballeda por Francisco Faxardo, la de Compostela en la Nueva Galicia, hoy Jalisco, por Nuño de Guzmán, todas en Nueva España. Pero no sólo en la septentrional América hubo conquistadores y fundadores de ciudades. En Chile se distinguió entre los primeros el capitán Mariño de Lobera, de quien hemos dicho que escribió en el siglo XVI la Crónica de la conquista en los tiempos del gobernador y capitán general D. Hernando de Mendoza, D. Rodrigo de Quiroga y Camba, noble caballero gallego, bravo capitán y conquistador del Perú y Chile, donde luchó contra los indomitos araucanos y venció doce batallas, mereciendo ser nombrado Adelantado, gobernador y capitán general en el siglo XVI por nueve años consecutivos. Le acompañaba en sus empresas su sobrino D. Antonio de Quiroga y Losada, no menos valeroso caballero. Conquistaron las de don Rodrigo, el archipiélago de Chiloé; fundó las ciudades de Castro y Chillán y el convento de Nuestra Señora de la Merced en donde reposan sus restos. Rodrigo de Quiroga empleó toda su fortuna en la obra civilizadora de la conquista de Chile.

Del mismo temple y bizarría fué el conquistador D. Lope de Ulloa y Lemos, de la casa de los Taboadas en Galicia, que continuó la obra de sus antecesores.

II

A principios del siglo XVII tuvo noticia el gobierno de España de que los almirantes Van Noorth y Spilbergen y el holandés Le Maire habían recorrido el estrecho de Magallanes é islas meridionales de América y envió á los intrépidos navegantes pontevedreses, D. Bartolomé y D. Gonzalo de Nodal, que llegaron al Río Santa Cruz, en la Patagonia, el año 1618, según lo consignan Oviedo y Herrera en sus historias; dirigiéndose al Sur descubrieron un estrecho al que le dieron el nombre de San Vicente Mártir por haberlo hallado en este día; pero ha prevalecido el de Le Maire, que poco antes lo había descubierto; cruzaron el cabo más meridional de América y le pusieron por nombre San Ildefonso, que tampoco prevaleció; alcanzaron más al Sur hasta un grupo de islas que denominaron de Diego Fernández, tierras situadas á los 56° 40'; las más australes hasta entonces conocidas.

Gobernaban en Méjico á la sazón el virrey D. José Sarmiento de Valladares y Meira,

natural de San Román, cerca de la villa de Redondela, siendo Oidor de la Real Audiencia D. Andrés Pardo de Lugo, descendiente de los Bahamonde de la villa de Vivero, y el pontevedrés D. Mateo de Segade Bugueiro, que otros creen natural de la villa de Mellid (Coruña), ocupaba la alta dignidad arzobispal; es decir, que aquellos dos poderes secular y eclesiástico estaban confiados por el rey de España y sus Indias á dos personalidades nacidas en Galicia y citadas por el P. Florez en su *España Sagrada* y Ocariz en su *Nobiliario*.

Si fuese admisible en un trabajo de esta naturaleza comparar los progresos realizados en aquella época de la hoy República mejicana con las administraciones que inmediatamente se siguieron, podría probaros con la historia en la mano que el siglo en que reinaron los gallegos en Nueva España fué de los más florecientes, y no sólo en Méjico, sino en otras partes de América, pudiendo decirse en puridad de verdad que donde va un gallego va el progreso, porque le acompañan la honradez proverbial que es blason de su estirpe y el trabajo que es el lema de la céltica raza, que no en vano corre también por sus venas sangre de suevos que en la frase del P. Florez vale decir laboriosos.

Al arzobispo pontevedrés, le sucedió el coruñés D. Diego Osorio de Escobar y Lamas, que á las altas dotes de su capacidad eclesiástica, unía vastísimos conocimientos jurídicos que le habían hecho adquirir los

títulos de abogado de los Reales Consejos en España y de Obispo de la Puebla de los Angeles en América en 1656, antes de ocupar el solio arzobispal de Méjico, al tiempo mismo que la ciudad tenía por alcalde de Corte de la Real Audiencia al licenciado D. Juan Valcarce, honra de Galicia y de América y que ya se había distinguido en la capital del Nuevo Reino de Granada en 1614. Pero ninguno ha superado al Dr. Francisco Aguiar de Seijas y Ulloa, uno de los más distinguidos betanceros del siglo XVII, que de la metropolitana iglesia de Santiago de Compostela vino al obispado de Mechoacan y de obispo de esta diócesis al arzobispado de Méjico. ¿Qué no le debe esa ciudad americana? Fomentó la fundación del Colegio de Niñas de San Miguel de Belén; á su solicitud se construyó el Colegio Seminario Tridentino; edificó la casa para recoger mujeres locas, que llaman allí de Sayagos; fué protector de la casa de Misericordia, y por fin, puso la piedra fundamental del magnífico templo de Guadalupe.

Extiéndese la cultura y el progreso de las instituciones, así civiles como eclesiásticas, traída por los gallegos hacia el Sur de América.

En Nueva Granada la Real Audiencia tiene al doctísimo abogado D. Gabriel Alvarez de Velasco, natural del Valle de Quiroga, autor de varias obras con que enriqueció la bibliografía jurídica española y por fiscal al sabio letrado D. Fernando de Saavedra, de donde

pasaron ambos al Perú con el cargo de Oidores de la Real Chancillería, de Lima y Sarmiento de Valladares con el de virrey á la ciudad de Méjico.

En Castilla de Oro, Nueva Granada ó Colombia, que todos estos nombres tuvo, se continuó la conquista en gran parte por valerosos gallegos ó descendientes de éstos, como Vasco Núñez de Balboa, según la genealogía de este intrépido capitán publicada por el P. Gándara en la predicha obra *Armas y triunfos & del Reino de Galicia*, país que en el siglo XVI había sido gobernado por don Luis Alonso de Lugo y su pariente D. Lope Montalvo de Lugo, descendientes ambos de los solares de Santa Marta y Lugo, y en el siglo siguiente D. Diego de Ponte, Nicolás Osorio y D. Pedro Messía de la Cerda, conde de la Vega de Armijo, y como virrey y capitán general D. Francisco Gil de Lemos, natural de Santa María de Santo Longo (Coruña), ilustre marino en su tiempo.

En el Ecuador ocupan la más alta jerarquía eclesiástica D. Fr. Francisco de Sotomayor, nacido en la aldea de Santo Tomé junto á Vigo, una de las más reconocidas intelectualidades españolas de su siglo, como que fué definidor en el Capítulo General celebrado en Roma, reinando Felipe IV y siendo obispo de Cartagena de Indias fué trasladado á Quito en 1623, según Gil González Dávila en su *Teatro Eclesiástico de la Iglesia de Quito*. También ocupó esta misma jerarquía en la capital del Ecuador el

hijo de Padrón D. Alonso de la Peña Montenegro, durante veintiséis años, dedicándose tan empeñosamente á su elevado ministerio de propagador de la fe cristiana, que escribió su conocida y celebrada obra *Itinerario para Párrocos de Indias*, que ha servido entonces y sirve aún hoy de instructiva guía á los curas de América. Es de suponer que intelectualidades de tanta valía como Sotomayor y de la Peña han debido influir poderosamente en los destinos de la hoy república más católica de la América latina.

Había también en el Perú virreyes gallegos como D. García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, ó descendientes directos de aquéllos, como los Figueroa y los Lemos, entre éstos D. Pedro Fernández de Castro y Andrade, conde de Lemos; D. Antonio Sarmiento de Mendoza Camaño y Sotomayor, marqués de Villa-García, y don Francisco Gil Taboada. Lima como capital del virreinato del Perú fué la cuna de la más alta nobleza venida de España á esta parte de América. Sus descendientes son hoy americanos. Ocariz en su Nobiliario cita el fiscal de la Real Audiencia, que había sido Oidor de Santa Fe en 1636, D. Gabriel Alvarez de Velasco, jurisconsulto de fama y autor, entre otras obras, del *Juez perfecto*, que escribió en latín.

También en las Antillas se hallaba en estos tiempos D. Diego Evelino de Compostela, que de catedrático de Teología, Metafísica y Sagrada Escritura, de la Universidad de Va-

lladolid, pasó á la isla de Cuba con la dignidad de obispo, en donde regularizó el clero, ordenó la conquista espiritual de la Florida, fundó asilos é iglesias en muchos departamentos de la isla, y especialmente en la Habana, cuyo Ayuntamiento honró con su nombre la calle en que vivía, pasando á la posteridad rodeado de gloria, según la frase del historiador. Lo citan Pezuela, Alcedo y otros en sus obras.

En el Río de la Plata también podemos citar al gobernador de Tucumán D. Baltasar Pardo de Figueroa, á quien dedica el P. Lozano algunas páginas de su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, y el deán Funes en su *Ensayo histórico* califica de gobierno sabio al que hizo Pardo de Figueroa que había sido antes de venir á América cuatralbo de las galeras y capitán del virrey de Nápoles, conde de Lemos y dos veces gobernador de las armas en Galicia. En el Paraguay fué por estos tiempos (1659) gobernador y capitán general el caballero vigués D. Alonso Sarmiento de Sotomayor, pariente de los condes de Santa Marta y Salvatierra, de donde pasó á Santiago del Estero, se casó con una hija del general Martín Garayar y pasó al Perú, donde fué corregidor de Lipes. Más tarde gobernó también en el Paraguay D. Francisco de Monforte, que, al decir de su biógrafo, atendía con desinterés tanto en lo político como en lo militar. Su desvelo era el alivio de los pobres. Hizo dos entradas á las tierras

de los guaycurúes y desalojó á los mamelucos y portugueses en su vandálica invasión á las tierras de Jerez. Murió en la Asunción en 1691. Los cita Zinny en su *Historia de los gobernadores del Paraguay*, así como á D. Pedro de Lugo y Navarra y á D. Juan Rodríguez Cota, natural de Galicia, y que siguió la obra de los dos anteriores consiguiendo refrenar á los guaycurúes.

Por estos tiempos había llegado de Chile y se hallaba en la provincia de Salta el padre Gonzalo Juste, el apóstol de más austeras y ascéticas costumbres, piedad religiosa y asiduidad en la enseñanza de los novicios, según la frase del P. Techo en su *Historia de la provincia del Paraguay* y lo cita con elogios el P. Nieremberg en sus *Varones ilustres de la Compañía*. No menos celebre fué el P. Pedro de Santa María y Ulloa, natural del lugar de Castrillón, en el arzobispado de Santiago, tomó el hábito de dominico en Salamanca en 1660, vino á la América y se dedicó á la predicacion del Evangelio, en Méjico, en tierra firme, en el Perú y cruzando por Bolivia y la Argentina llegó hasta el Estrecho de Magallanes, es decir, que recorrió toda la América del habla española, y no contento con esto, se dirigió al Africa y predicó en Angola y Cabo Verde, pasó á las Canarias, en donde fundó un convento, y allá se fué á morir en Sevilla el año 1690, después de treinta años de perseverante labor y heroica propaganda de la fe cristiana.

III

Siguiendo un riguroso orden cronológico, y en la seguridad de que los datos que hemos podido reunir hasta ahora, relativos al siglo XVIII, son incompletos, anotaremos el nombre del reverendo P. fray Antonio de Rivadeneira, que en 1750 fué electo en Buenos Aires provincial del Tucumán y Paraguay, ejerciendo esta alta investidura al tiempo mismo que gobernaba el Tucumán, en la hoy República Argentina, D. Juan de Pestaña y Chamucero, señor de la villa de Cedeira, en Galicia, y brigadier de los reales ejércitos de S. M. católica D. Fernando VI, siendo virrey del Río de la Plata D. Pedro de Cevallos.

En aquel mismo año daba á luz en Méjico el P. Pascasio de Seguin su *Historia general del reino de Galicia, idea de su grandeza, excelencias é historia eterna de dicho reino*. De esta obra del reputado historiador gallego se han emitido juicios contradictorios; en el siglo XIX fué reeditada y ampliada en la Habana. Coetáneo del P. Seguin fué otro gallego misionero que había

conseguido predicar la fe cristiana á los indígenas del Piritu de la Nueva Andalucía, en el idioma cumanagoto. Murió el venerable fray Francisco de Constenla en el hospital de la Nueva Barcelona el año 1756, según Caulios en su *Historia corográfica de la Nueva Andalucía.*

En el Plata fué electo vicario provincial del Tucumán y Paraguay (1768) el reverendo P. fray Francisco Calvo, recoleto, y como el anterior natural de Galicia.

Antes de ocuparnos de los grandes marinos gallegos que hicieron expediciones científicas á la América, los Mourelle, de la Gándara y Varela y Ulloa, citaremos las exploraciones del infatigable astrónomo reverendo P. José Quiroga, natural de Fabás, en las inmediaciones de la Coruña, que al recorrer en el décimo octavo siglo los ríos Paraná y Paraguay describió el curso de este último con tal exactitud, que hasta hoy sirve de guía á exploradores y navegantes, como en su viaje á la Patagonia (1745) corrigió los errores del almirante inglés Jorge Anson y las descripciones del célebre marino holandés Le Maire, como puede verse en el *Diario de un viaje á la mar magallánica* escrito por el P. Lozano, basado en el que llevó el P. Quiroga con Strobel y Cardiel. *La descripción del río Paraguay* fué publicada en el año 1836 por Angelis en su conocida *Colección histórica*, y aquel el P. Charlevoix en su *Histoire du Paraguay* (1756). Del *Diario* del P. Quiroga, dice de Angelis, se

valió D. Luis de la Cruz Cano de Olmedilla para la formación de su gran mapa de la América Meridional, que fué publicado en Madrid en 1775, y reproducido por Faden en Londres, 1799, fué adoptado por Arrowsnith en 1811.

Fueron contemporáneos del P. Quiroga los marinos gallegos D. José y D. Pedro Varela, los generales D. Juan de Lángara y don Francisco A. Mourelle, y el piloto D. Pedro Lozano, que todos viajaron á la América.

El valeroso marino gallego D. José Varela y Ulloa llegó al Río de la Plata en 1728, según una carta fechada en el puerto de Buenos Aires el 11 de febrero de ese año dando cuenta al virrey de su arribo, con órdenes del ministerio de Indias y con cinco pliegos reservados que había abierto al salir del Ferrol con las fragatas «Soledad», «Santa Catalina» y el bergantín «Santiago». Como se sabe, formó parte Varela de la comisión demarcadora de límites entre las posesiones españolas y portuguesas, pero sus escritos científicos como marino se hallan en el legajo 422 del ministerio de Marina, en España, y en el archivo de Simancas numerosas cartas y escritos según lo expresa Barreiro de W. en su interesante estudio *El capitán Varela Ulloa*, en la posesión de las islas de Fernando Póo. Realizando otra importante comisión en América falleció en la Habana poco tiempo después de llegar á esta capital de la gran Antilla. Fué coetáneo suyo el insigne coruñés general D. Juan de Lángara,

que practicó memorables viajes científicos, entre éstos el de 1774, con el objeto de poner en práctica en la mar todas las observaciones y métodos más adelantados de la física, la astronomía y la marina en sus aplicaciones al pilotaje, corrigiendo los errores de las cartas y mapas de navegación en su tiempo, haciendo en 1776, 1777 y 1778, al mando del navío «Poderoso», la campaña de las costas del Brasil con la escuadra del marqués de Casa Tilly. Se halló en la toma de la isla de Santa Catalina y en los demás sucesos de esta parte de América hasta la paz con los portugueses.

El general Mourelle era natural de San Adrián de Corme, en el partido judicial de Carballo (Coruña), y no de *Cosme*, como dice algún documento oficial. Entre sus hechos más notables puede citarse el viaje que hizo en 1775 para recorrer las costas occidentales de la América desde el cabo mendocino al Norte, cuyo diario sirvió después al célebre capitán Cook en sus últimos viajes. Se halla impreso en las *Miscelánea del caballero Barrington*. También una relación del viaje de Mourelle en el Océano Pacífico por los años 1780 y 1781, y en él se expresan las latitudes y longitudes de las islas y bajos vistos durante la navegación de la fragata «Princesa» que mandaba Mourelle.

Debemos recordar aquí el obispo de Buenos Aires Fray Sebastián Malvar y Pinto, fundador de las parroquias de Entre Ríos; fué un prelado de altas virtudes y talento, por lo

que fué ascendido á la dignidad de arzobispo de Santiago de Compostela á fines de aquel siglo. En nuestros *Gallegos ilustres en América* damos noticia más circunstanciada de este obispado.

No podemos olvidar tampoco que fué el ingeniero gallego D. Pedro Antonio Cerviño compañero del sabio naturalista geógrafo, é historiador D. Félix de Azara en la comisión demarcadora de límites entre España y Portugal en esta parte de América. Cerviño trazó el primer mapa del Chaco argentino, fué el primer director de la primera escuela de Nautica que tuvo Buenos Aires, colaboró en *El Telégrafo Mercantil, Rural, Económico, é Historiógrafo*, primer periódico que vió la luz en el Río de la Plata, 1801. De D. Pedro Antonio Cerviño dijo Belgrano que era un director desinteresado, sabio y aplicado.

Cerviño, que fué un matemático profundo, que trazó los primeros planos de la ciudad y de las costas de Buenos Aires, era un hombre de espíritu vivaz, y lo mismo manejaba el goniómetro ó el compás que la espada, teniendo la envidiable gloria de haber mandado durante las invasiones inglesas en Buenos Aires el batallón de gallegos. En este batallón en que figuraban los rentistas, comerciantes é industriales conterráneos suyos con sus hijos los Darregueira, Gutiérrez, Varelas, López y Rivadavias, que figuraron después en los más encumbrados puestos de la nación argentina, hizo un lucidísimo papel en aquella defensa. Uno de los capitanes, que siendo

comerciante en la Colonia del Sacramento vino á incorporarse á aquel batallón y viendo que producía muchas bajas en una de las compañías que daban frente al enemigo, un pelotón de veinte ingleses que se había posesionado de una azotea, pidió permiso para ir él mismo con ocho hombres á desalojar de su cantón á los británicos. Fuele concedido el permiso y el capitán marchó rápidamente, deshizo la puerta del edificio, escaló la azotea por el punto más accesible y después de una rápida carga á la bayoneta se le rinde el cantón enemigo, y aquel héroe, don Benito Chain, hijo de Galicia, presentó á su coronel Cerviño diez ó doce prisioneros y su propia espada en dos pedazos. Excusamos decir que el Cabildo regaló al capitán Chain una espada de honor y el virrey ordenó que fuese aclamado teniente coronel sobre el campo de batalla. ¡Digna acción de un émulo de los heroicos gallegos del Medulio, de Puente Sampayo y Río Tinto!

Muchos nombres habrán quedado olvidados por ignorancia mía; pero abierto el surco, otros más ilustrados podrán ahondarlo fácilmente. Mi propósito fué reseñar á grandes rasgos los servicios prestados por los hijos de Galicia y algunos descendientes suyos á la civilización americana, mientras América fué española.

Uruguay, 1901.